

CAPÍTULO 3. EL TERRORISMO COMO RESPUESTA A LA HEGEMONÍA Y COMO UNA EXPRESIÓN ANTI-ESTADOUNIDENSE.

3.1 ¿Qué significó septiembre once?; ¿Por qué septiembre once?: algunos cambios desde el fin de la Guerra Fría.

Los ataques terroristas del once de septiembre cambiaron de golpe y para siempre, no solo la vida de los estadounidenses y su concepto de lo que es la seguridad, sino el escenario internacional y los términos en que las naciones se interrelacionan. Después del polarizado mundo que se vivió en el contexto de la Guerra Fría y que se diluyó al terminar la misma, el once de septiembre de 2001 volvió a redefinir el escenario internacional en términos mucho más radicales: lo bueno y lo malo, los amigos y los enemigos, el unilateralismo y el multilateralismo.

En tiempos de la Guerra Fría, la Unión Soviética era un enemigo visible del cual se conocían sus medios, capacidad y alcances. El enemigo actual de los Estados Unidos y de todos aquellos países que sufren las consecuencias de su actuación o que repudian el uso del miedo como medio de poder, es el terrorismo. Sólo que este último parece ser más peligroso y desconcertante que el primero porque, entre otras consideraciones:

- ?? Se ha convertido en un fenómeno global que vulnera cualquier tipo de fronteras y extiende sus redes haciendo uso de la tecnología (Nye, *The Paradox X*).
- ?? Abandera causas y demandas de naturaleza diversa en las que el “fanatismo” es un ingrediente principal.
- ?? En el mejor de los casos es motivado y patrocinado por Gobiernos hostiles, pero muchas veces actúa por cuenta propia y con recursos propios.
- ?? En palabras de Joseph S. Nye, “Terrorism is the privatization of war” (Ibid.)

Los ataques terroristas del once de septiembre y los perpetrados durante la década de los noventas en contra de los Estados Unidos y sus intereses, demuestran que la clase de terrorismo ideológico imperante durante la Guerra Fría, fue substituido por uno mucho más peligroso y radical: el terrorismo etno-religioso. A esta letal mezcla de etnicidad y religión se ha sumado un sentimiento anti-estadounidense que, entre otras razones, se alimenta del comportamiento hegemónico de este país, de su propia política exterior y también de un complejo sentimiento de frustración de los países islámicos que se relaciona directamente con problemas de identidad. De acuerdo con Robert J. Lieber y Ruth E. Weisberg, “Ultimately, the resentment and hostility is driven far less by poverty than by issues of identity....bin Laden’s focus upon America is evidence of how this rage has been redirected at the United States as the most powerful symbol of western values and modern economic, military and cultural influence” (---).

Alrededor del mundo y por un plazo desconocido, los Estados Unidos por razón de la primacía que detenta en todos los ámbitos y del poder que ejerce, seguirá siendo el blanco preferido de las organizaciones terroristas extranjeras. La perspectiva anterior impone nuevos retos y oportunidades a su política exterior porque este país debe por un lado diseñar una política anti-terrorista de largo plazo que implica principalmente acciones en el exterior y por el otro debe redefinir su papel en el mundo en el contexto de la globalización.

Sin embargo, aunque parece evidente que el sentimiento anti-estadounidense es producto de los sentimientos que despierta un hegemón, vale la pena analizar si el repudio, principalmente de los países islámicos, es debido al comportamiento y las acciones estadounidenses; si es un repudio a la esencia misma del país lo cual volvería casi imposible cualquier medida tendiente a reducir los efectos del terrorismo; o si el mismo es

un reflejo del descontento y frustración de los países islámicos el cual transfieren a un país que simboliza todo aquello que ellos no han podido lograr.

Como ya mencionamos, el fin de la Guerra Fría y el colapso de la Unión Soviética, entre otros factores, dejaron a los Estados Unidos con un poder sin precedentes y una influencia sin paralelo. Esta superioridad arrolladora es sin duda mejor resumida en un solo término que por las implicaciones que conlleva es ampliamente debatido y que el columnista político Charles Krauthammer llama el momento unipolar “a period in which one superpower, the United States, stood clearly above the rest of the international community” (cit. en Brooks y Wohlfort 1). Actualmente ningún país puede competir con la supremacía tecnológica, militar o económica de los estadounidenses ni puede retar o hacer peligrar su posición hegemónica (ver tablas). El terrorismo tampoco ha podido hacerlo, pero sí ha tomado a la primacía estadounidense como la razón para infligir por medios relativamente sencillos, en comparación con la capacidad militar estadounidense, daños considerables a los intereses de ese país. Al respecto, las pruebas más recientes de esa primacía y poderío estadounidenses han sido la contundente respuesta a los ataques terroristas del once de septiembre y la polémica intervención en Irak.

Tabla 2. Gasto en Defensa de los Estados Unidos y el Resto del Mundo

(por rango de los 30 primeros lugares)

Datos del Instituto Internacional para Estudios Estratégicos (IISS) y del Departamento de Estado de los Estados Unidos

(cifras en millones de dólares de 2004)

País	Rango	WMEAT* (1999-2000)		IISS Balance Militar 2003-2004	
		Gastos en Defensa (Datos de 1999)	% del PIB	Gastos en Defensa (Datos de 2002)	% del PIB
Estados Unidos	1	281,000	3.0	348,500	3.3
China Continental	2	88,900	2.2	51,000	4.1
Japón	3	43,200	1.0	39,500	1.0
Francia	4	38,900	2.7	40,200	2.5
Reino Unido	5	36,500	2.5	37,300	2.4
Rusia	6	35,000	5.6	50,800	4.8
Alemania	7	32,600	1.6	33,300	1.5
Italia	8	23,700	2.0	25,600	1.9
Arabia Saudita	9	21,200	14.9	22,200	12.0
China – Taiwan	10	15,200	5.2	7,900	2.7
Corea del Sur	11	11,600	2.9	13,300	2.8
India	12	11,300	2.5	13,800	2.7
Turquía	13	9,950	5.3	9,200	5.1
Brasil	14	9,920	1.9	10,200	2.3
Israel	15	8,700	8.8	9,900	9.7
Canadá	16	8,320	1.4	8,200	1.1
España	17	7,560	1.3	8,700	1.2
Australia	18	7,060	1.8	8,000	2.0
Holanda	19	7,030	1.8	7,700	1.6
Irán	20	6,880	2.9	5,100	4.6
Polonia	21	6,690	2.1	3,600	1.9
Grecia	22	6,060	4.7	6,500	4.4
Suecia	23	5,330	2.3	4,200	1.7
República de Congo	24	5,150	14.4	1,000 ^E	21.7
Ucrania	25	5,110	3.0	5,000	2.2
Burma	26	4,650	7.8	3,000 ^E	5.0
Siria	27	4,450	7.0	1,900 ^E	10.3
Singapur	28	4,400	4.8	4,600	5.2
Argentina	29	4,300	1.6	1,500	1.4
Corea del Norte	30	4,260	18.8	5,000 ^E	25.0

* **WMEAT**: *World Military Expenditures and Arms Transfers* del Departamento de Estado de los Estados Unidos.

E Estas figuras fueron estimadas por el Instituto Internacional para Estudios Estratégicos (IISS) y se basaron en datos reportados por los países.

Fuente: CRS Report for Congress: Comparison of U.S. and Foreign Military Spending. Enero 2004.

Tabla 3. Gasto en Defensa de los Estados Unidos y Otros Países Prioritarios para los E.U.
(por rango)

Datos del Instituto Internacional para Estudios Estratégicos (IISS) y del Departamento de Estado de Estados Unidos

(millones de dólares estadounidenses al 2004)

País	Rango	WMEAT* 1999-2000		IISS Balance Militar 2003-2004	
		Gastos de Defensa (Datos 1999)	% PIB	Gastos de Defensa (Datos 2002)	% PIB
Estados Unidos	1	281,000	3.0	348,500	3.3
China Continental	2	88,900	2.2	51,000	4.1
Japon	3	43,200	1.0	39,500	1.0
Francia	4	38,900	2.7	40,200	2.5
Reino Unido	5	36,500	2.5	37,300	2.4
Rusia	6	35,000	5.6	50,800	4.8
Alemania	7	32,600	1.6	33,300	1.5
Arabia Saudita	9	21,200	14.9	22,200	12.0
Corea del Sur	11	11,600	2.9	13,300	2.8
India	12	11,300	2.5	13,800	2.7
Israel	15	8,700	8.8	9,900	9.7
Irán	20	6,880	2.9	5,100	4.6
Siría	27	4,450	7.0	1,900 ^E	10.3
Corea del Norte	30	4,260	18.8	5,000 ^E	25.0
Pakistán	32	3,520	5.9	2,700	3.9
Colombia	40	2,670	3.2	3,000	3.7
Egipto	43	2,390	2.7	3,300	3.9
Irak	61	1,250	5.5	ND	ND
Afganistán	72	ND	ND	ND	ND

* **WMEAT:** *World Military Expenditures and Arms Transfers* del Departamento de Estado de los Estados Unidos.

E Estas figuras fueron estimadas por el Instituto Internacional para Estudios Estratégicos (IISS) y se basaron en datos reportados por los países.

Fuente: CRS Report for Congress: Comparison of U.S. and Foreign Military Spending. Enero 2004.

¿Cuáles son entonces los cambio más radicales desde el fin de la Guerra Fría?. Los graves peligros que los Estados Unidos enfrentó durante este conflicto, fueron substituidos al final del mismo por los que ahora impone el terrorismo; lo que los Estados Unidos denomina como “Estados hostiles”;¹ y por un número considerable de problemas globales que requieren de soluciones multilaterales². Asimismo, durante la Guerra Fría había un enemigo visible y se contaba con la posibilidad de disuadirlo, en la lucha contra el terrorismo los enemigos son difíciles de ubicar y dado el origen de sus demandas, resulta muy difícil disuadirlos. Como bien se afirma en la nueva Estrategia de Seguridad Nacional de los Estados Unidos, “The nature of the Cold War threat required the United States to emphasize deterrence of the enemy’s use of force, producing a grim strategy of mutual assured destruction” (13).

Esta seguridad de destrucción mutua debida a la conocida capacidad militar de las dos potencias y a su determinación de hacer uso de ella como bien lo expuso la crisis de los misiles de 1962, además de ser el ánimo principal de la estrategia de disuasión “*deterrence*”, es lo que hizo al mundo más seguro aún durante la Guerra Fría. Con el terrorismo en escena y la posibilidad de que los grupos que lo ejercen hagan uso de armas letales o de destrucción masiva, el mundo de hoy es más inseguro, pero en particular lo es el poder más visible: los Estados Unidos.

Al respecto, queda claro que tradicionalmente, pero en especial después de los ataques terroristas del once de septiembre, los Estados Unidos considera como de su más alto interés nacional la seguridad nacional. Desde su surgimiento como país independiente que debía defenderse de la voracidad del colonialismo europeo, hasta su consolidación como una hegemonía que despierta suspicacias alrededor del mundo, la seguridad de su territorio e intereses globales ha sido la principal preocupación de este país. Como lo afirma James

Chance "...[the] expansion [of the United States] came about primarily because Americans wanted to feel safe...the growth of the American empire has come about not so much through a search for economic well being as through a quest for absolute security, that is to say, invulnerability" (1).

Esta preocupación claramente asociada con las dimensiones de un "poder imperial"³ como Chance (Ibid.) califica a los Estados Unidos, se agudizó después de los ataques terroristas de septiembre de 2001 ya que este país no había sido atacado físicamente en su territorio desde la guerra de 1812. El impacto psicológico que los ataques produjeron, así como las secuelas que han dejado a su paso y que hasta el día de hoy se contabilizan mejor en función del miedo sembrado que de los desastres ocasionados, conllevan a que la nueva política exterior estadounidense se defina en torno a lograr la absoluta seguridad del suelo, los ciudadanos y los intereses estadounidenses.

Debido a lo anterior, así como al tinte que los propios funcionarios del gobierno del presidente Bush dan a la guerra contra el terrorismo al afirmar que ésta será ganada cuando los estadounidenses se sientan seguros de nuevo (Powell y Rumsfeld cit. en Jervis 16), Robert Jervis⁴ concluye que "...reducing fear and making Americans feel secure should be a crucial focus of American policy" (17). Sin embargo, aunque esta meta es fundamental en la nueva política exterior estadounidense, la misma es apenas una parte de la gran estrategia que los Estados Unidos ha diseñado para reconfigurar un nuevo orden mundial en el que prevalezcan sus valores y sus intereses. Cuando parecía que el fin de la Guerra Fría había dado paso a que nuevos asuntos se posicionaran en la agenda estadounidense y a que su política exterior se enfocará en otros asuntos multilaterales o problemas globales, el once de septiembre colocó nuevamente a la búsqueda de la absoluta seguridad a la cabeza de las prioridades nacionales e internacionales de los Estados Unidos.

Para comprender un poco más este escenario de descomposición del ámbito internacional y por qué ocurrieron los ataques terroristas del once de septiembre así como sus consecuencias⁵, resulta fundamental antes de proseguir, entender qué es el terrorismo; cuál es su naturaleza; qué lo alimenta; y cuál es papel que juega tanto dentro de las sociedades islamistas, como en el contexto de la globalización.

Respecto de la definición de terrorismo algunos autores como Jervis (2) y Paul Pillar (13) coinciden en la dificultad de encontrar una definición precisa e internacionalmente consensada, debido a la diferencia que se debe hacer con relación a los movimientos de liberación nacional o los de insurgencia y al uso discrecional e irresponsable que se ha hecho del término con el cual se ha pretendido abarcar una amplia gama de situaciones. Sin embargo, hay algunas definiciones no oficiales como la que provee el propio Jervis quien describe al terrorismo como “the use of violence for political or social purposes that is directed primarily at civilians and that is not publicly authorized by leaders of recognized political units, including acts that are sponsored and supported by states, but not publicly avowed by them” (Ibid.). Existe también una definición que podemos considerar como oficial, por ser la que el gobierno de los Estados Unidos utiliza para mantener sus estadísticas y la misma que se utiliza dentro de la nueva Estrategia de Seguridad Nacional. Según esta definición, el terrorismo es, “Premeditated, politically motivated violence perpetrated against noncombatant targets by subnational groups or clandestine agents, usually intended to influence an audience” (NSS 5).

De acuerdo con Pillar (13), esta definición se compone de cuatro elementos a destacar. El primero tiene que ver con la premeditación lo que significa que un ataque terrorista es el resultado de una política o decisión de alguien y que no es una cuestión de rabia momentánea o de un impulso, así como tampoco es un accidente (Ibid.). Al respecto, cabe

resaltar que los ataques terroristas son actos muy bien planeados en su mayoría los cuales, para lograr además el factor sorpresa, esperan largo tiempo para ser perpetrados. El mejor ejemplo de ello lo tenemos en los ataques terroristas del once de septiembre, los cuales fueron cuidadosamente planeados y ejecutados por un grupo de mayoría Árabe-Saudita, que invirtió un tiempo considerable en introducirse en la sociedad Occidental y en entrenarse para llevar a cabo estos actos sin levantar sospechas.

El segundo elemento se relaciona con la motivación política del acto lo cual lo diferencia de otro tipo de hechos, ya que la naturaleza de un acto terrorista trasciende al crimen común al intentar provocar cambios a un nivel más amplio. El término “político” en este contexto, es mucho más abierto ya que abarca motivaciones religiosas o asuntos sociales (Ibid. 14). Al respecto, resulta evidente que los recientes actos terroristas que atestiguamos involucran también sentimientos ancestrales de venganza del mundo musulmán, el cual se siente golpeado y humillado por el Occidente. Osama Bin Laden expresa esta rabia ancestral al afirmar en un video transmitido con motivo de los atentados terrorista al World Trade Center que, “What America is tasting now is something insignificant compared to what we have tasted for scores of years. Our nation [the Islamic world] has been tasting this humiliation and this degradation for more than 80 years” (cit. en Lieber, *Globalization* 289).

El tercer elemento tiene que ver más con el estado de indefensión de las víctimas que no pueden repeler o contestar el ataque, que con su naturaleza civil, ya que como lo afirma Pillar “...‘noncombatant’ means...not just civilians but also military personnel who at the time of an incident are unarmed or off duty...” (14).

El cuarto y último elemento de esa definición lo constituye el hecho de que los perpetradores de los ataques son grupos subnacionales o agentes clandestinos y no así

Estados, lo que convertiría a los actos terroristas en una declaración formal de guerra (Ibid.). Esta última característica es lo que hace al terrorismo actual más peligroso ya que un individuo o grupo con suficiente dinero como para acceder a medios letales o incluso armas de destrucción masiva, puede declarar la guerra tal como lo hizo Osama Bin Laden en su momento, al país más poderoso del mundo sin que éste a su vez tenga la posibilidad real de desplegar toda la parafernalia militar que ha construido durante años para alcanzar la seguridad absoluta.

Respecto de la naturaleza del terrorismo existe un hecho innegable que es reconocido por algunos autores como Pillar (24-25) y Jervis (3, 16) y éste es que su naturaleza se funda en el miedo. El tratar de producir cambios a nivel político y social a través de la inducción del miedo, es el *status quo* de la naturaleza terrorista ya que más allá de la crisis, de la vulnerabilidad psicológica y del efecto multiplicador que producen los ataques ya consumados, el simple hecho de vivir cada día temiendo ser blanco de otro ataque terrorista debe ser considerado como terrorismo en su máxima expresión. Naturalmente, esta es la clase de terrorismo más exitosa que existe ya que ha logrado el cometido de alterar de manera total y tal vez permanente, la vida de los estadounidenses quienes seguramente tendrán que aprender a vivir con la amenaza terrorista al lado.

Existen sin embargo, otros factores que también se relacionan con la naturaleza del terrorismo y que Pillar define de manera clara. Uno es que el terrorismo “...is a *method*...” (18) y que el mismo se relaciona más con lo que los terroristas hacen, que con quienes son o lo que tratan de conseguir (Ibid.). En este punto diferimos con el mencionado autor ya que la forma de perpetrar un ataque es sólo una parte del complejo mundo terrorista y en el presente estado en que se desenvuelven las cosas, sí resulta de suma importancia saber quienes son y cuales son las razones que los llevan a cometer tales actos. Sin el

conocimiento de estos elementos no sería posible articular una política antiterrorista de largo plazo exitosa, ya que la misma debe atender las causas así como las consecuencias para tratar de disminuir la actuación terrorista.

Por otra parte, la naturaleza del terrorismo también ha cambiado o más bien evolucionado. Con el advenimiento de la globalización y la disponibilidad de armas de destrucción masiva, la naturaleza del terrorismo, de acuerdo con Pillar, ha adquirido dos nuevas características: es más letal y puede infligir bajas masivas a través del uso de medios no convencionales como “...chemical, biological, radiological, or nuclear (CBRN) terrorism...” (21).

Estos cambios en la naturaleza del terrorismo provocan a su vez otros cambios a nivel general que se relacionan con los costos directos e indirectos del terrorismo. Como resulta obvio, los costos directos del terrorismo se relacionan con la pérdida de vidas humanas, especialmente con las de estadounidenses, ya que aunque es innegable que la pérdida de vidas de personas de cualquier nacionalidad, religión o grupo étnico resulta tan lamentable como la de un estadounidense, para los efectos de formulación de política exterior, así como de políticas que tienen grandes implicaciones a nivel mundial, no hay nada más crítico o impactante que la pérdida de vidas estadounidenses. Esto tal vez sea, otra de las grandes secuelas de la guerra de Vietnam⁶.

Como ya se mencionó anteriormente, el miedo es sin duda el costo indirecto más alto que hoy por hoy deja el terrorismo a su paso, el cual gracias al efecto multiplicador que produce la acción eficaz de todos los medios de comunicación, alcanza dimensiones insospechadas a veces hasta por los propios terroristas.

Sin embargo, hay otros costos indirectos que especialmente a partir del once de septiembre se han dejado sentir con toda su fuerza. Uno se relaciona con las pérdidas

económicas que en opinión de Pillar “[produced] fearful citizens not taking trips or not patronizing certain businesses” (25). El otro se relaciona con la xenofobia que eventos directamente ligados con ciertos grupos étnicos, se provoca a nivel masivo y que puede traer consigo consecuencias mucho más peligrosas que los propios actos terroristas ya que en una sociedad tan orgullosamente abierta y multicultural como la estadounidense, el rechazo y la marginación a grupos de determinado origen étnico puede atentar en contra de los mismos valores que este país ha promovido y defendido.

Un costo adicional de los atentados terroristas lo constituye el engrandecimiento del rol y del poder del Estado (Jervis 7), lo cual ha resultado en medidas contraproducentes que afectan algunas de las libertades civiles de los estadounidenses, quienes ahora parecen estar más dispuestos a sacrificar libertad por seguridad. Otro de los grandes costos indirectos, es el gasto excesivo en la formulación de nuevas políticas gubernamentales para combatir el terrorismo.

A nivel internacional el terrorismo también ha provocado costos indirectos que se relacionan con un acotamiento en el margen de maniobra estadounidense; con un enrarecimiento del ambiente internacional que hace más difícil la cooperación de los países aliados; con lo que Pillar refiere como “...the undermining of peace proceses, including ones in which the United States has invested heavily....” (27); y lo que el mismo autor también refiere como el riesgo de reavivar otros conflictos regionales que están de por si más cerca de la guerra que de la paz (28).

Por todo lo anterior, una política antiterrorista exitosa o al menos efectiva y de largo plazo, debe ser considerada y formulada como una parte integral de la política exterior estadounidense ya que de lo contrario todos los esfuerzos y energías que se inviertan a nivel gubernamental y social para contrarrestar los efectos del terrorismo, verán disminuida

su eficacia al no ser parte de una gran estrategia que enmarque y dirija los esfuerzos. Más aún, la lista de motivos y afrentas que en los últimos años han aludido los grupos terroristas para perpetrar sus ataques en contra de los Estados Unidos, fuera del contexto religioso que generalmente los enmarca, se relaciona con la actuación a nivel internacional de este país, por lo que la consideración del tema terrorista a nivel y en la agenda de la política exterior resulta fundamental.

Respecto de aquello que alimenta al terrorismo, de sus raíces, por el momento sólo enunciaremos motivos que resultan obvios y que sin embargo pueden dejar insatisfechos a algunos lectores, ya que profundizar en los complejos motivos que alientan a los terroristas, implicaría un estudio aparte del tema con matices psicológicos, sociales, políticos y por supuesto religiosos. Siendo el ánimo de la presente investigación exponer las raíces que se relacionan directamente con la actuación o la no actuación estadounidense, sólo abordaremos aquellas fuentes que se tienen mejor identificadas y sobre las que probablemente se puede hacer algo al respecto.

En primer lugar debemos destacar que eliminar las raíces del terrorismo no es una opción viable como tampoco lo es eliminar al terrorismo por completo, ya que entre otras razones, este es el único medio que determinados grupos que no pueden expresar sus demandas a través de los órganos del Estado, encuentran para interactuar en el sistema internacional y porque además los grupos terroristas se han percatado que sus medios funcionan. Si ganar la guerra contra el terrorismo en la *psiqué* de la administración Bush implica eliminar por completo al terrorismo, esto no es una aspiración ni siquiera cercana a una apreciación realista del problema. Aunque a nivel de la retórica se requiera de pronunciamientos firmes como lo ha hecho la administración Bush a partir del once de septiembre, no se puede tratar a un tema tan complicado en términos absolutos pues la

entramada de asuntos que se ligan al terrorismo como su causa y consecuencia es tan amplia y tan compleja, que en el largo plazo los Estados Unidos sólo puede aspirar a disminuir la acción terrorista y controlar sus efectos, pero no a desaparecerlo por completo.

Como acertadamente señala Pillar, hacer algo respecto de las raíces del terrorismo implica un manejo amplio de numerosos asuntos de política exterior (30). Estos asuntos van desde el manejo de conflictos regionales y locales pasando por la inestabilidad política de ciertas regiones, hasta el manejo de condiciones económicas y sociales en Estados donde surge el terrorismo. A continuación, se enuncian algunas de las principales raíces del terrorismo.

En primer lugar abordaremos aquellos asuntos que no son directamente imputables a los Estados Unidos, pero respecto de los cuales puede tomar acción. Estos asuntos se relacionan con las condiciones de vida de aquellos Estados que patrocinan al terrorismo o que dan origen a este tipo de grupos y que son lugares donde las deplorables condiciones sociales, económicas y por ende políticas, forman un caldo de cultivo fértil para que emerjan grupos, líderes o ideólogos del terrorismo.

El odio manifiesto a los Estados Unidos, a sus valores capitalistas, a su modo de vida y a la innegable enajenación cultural que produce en ciertas regiones del mundo, es en parte reflejo de la propia frustración e impotencia de los países del Medio Oriente en su mayoría. Como lo expresan Lieber y Weisberg en su artículo titulado “Globalization, Culture, and Identities in Crisis” :

In some cultures, especially in parts of the Middle East, South Asia and Africa, there is an important added dimension of existential rage against corrupt and authoritarian regimes that, with the breakdown of older traditional, social, political and economic relationships, have failed to meet the needs of their own societies. In these regions,

resentments expressed about modernity, the West or America are often a sublimation of rage against more deep rooted problems of identity. (275)

Aunque la pobreza, corrupción y desigualdad que priva al interior de Estados que alientan al terrorismo, parecen a simple vista y en opinión de los Estados Unidos una de las principales raíces de este fenómeno, Jervis (9) afirma que la pobreza no es una raíz determinante del terrorismo y que los Estados Unidos debe enfocarse más en proveer fondos para la educación y en presionar a los gobiernos musulmanes a hacer lo mismo.

Sin duda alguna la educación es un elemento clave en el incremento del nivel de vida de cualquier sociedad, pero éste resulta un factor particularmente crítico para las sociedades islámicas las cuales educan a su población a partir no sólo de factores tradicionales que van contra la poderosa corriente de la globalización, sino que además tratan de afianzarle una identidad absolutamente opuesta a todo aquello que se relaciona como parte de los valores estadounidenses.

Al respecto Lieber (274) y Nye (*The Velvet Hegemon* 74) coinciden en reinterpretar lo que Samuel Huntington llama “el choque de las civilizaciones”⁷ ya que los problemas de identidad que actualmente enfrentan los países islámicos debido al impacto de la globalización sobre su cultura, ha provocado que estos autores redimensionen el concepto de Huntington y hablen entonces de “a clash within civilizations”.

Lieber interpreta este choque intracultural como el resultado de la enajenación cultural que sufren estos países los cuales ante la impotencia de su propia situación, realizan una transferencia de odio a objetivos externos “scapegoats” (276). Al respecto, el chivo expiatorio por excelencia debido a todo lo que simboliza es los Estados Unidos, aunque el Occidente como tal y el estado de Israel también son objeto de transferencias de odio. Nye por su parte argumenta que la actual guerra contra el terrorismo no es un choque entre

civilizaciones “...but a struggle whose outcome is closely tied to a civil war...” (*The Velvet* 75).

Los argumentos anteriores nos indican que existe una corriente para la que es evidente que el sentimiento anti-estadounidense que impulsa al terrorismo, no es causa exclusiva de la pobreza y opresión en que viven estas sociedades, ni de las acciones o políticas que ha desplegado los Estados Unidos alrededor del mundo por razón de su posición hegemónica. Las causas son otras más profundas, más propias de los países islamistas y más ligadas a cuestiones de identidad. Como lo afirma Salman Rushdie sobre quien pesa una condena de muerte “*fatwa*” por su controvertida obra literaria considerada como una ofensa al Corán⁸, el antiamericanismo es una cortina de humo muy conveniente para ocultar los muchos vicios de que adolecen las naciones musulmanas y más aún:

... America-hating has become a badge of identity, making possible a chest-beating, flag-burning rhetoric of word and deed that makes men feel good. It contains a strong streak of hypocrisy, hating most what it desires most, and elements of self-loathing. (‘We hate America because it has made off itself what we cannot make ourselves.’) What America is accused of- closed-mindedness, stereotyping, ignorance- is also what its accusers would see if they looked into a mirror. (*America and the...*)

Tal y como lo plantea Rushdie, el sentimiento anti-estadounidense es una importante fuente de identidad para el mundo islámico. El odio al Occidente y el empeño de proyectarlo como la antítesis de todas las virtudes de la cultura islámica, es parte de la enseñanza que se imparte a los niños en las escuelas (*Madrasas*) y por lo tanto constituye una fuente de identidad. La frase de Rabbit Angstrom, el personaje central de la novela de John Updike acerca de que, “Without the cold war, what’s the point of being an American?” (cit. en Huntington, *The Erosion* 29), puede extrapolarse a la experiencia

islámica, debidas proporciones guardadas, y decir que sin los Estados Unidos, ¿cuál es el punto del fanatismo islámico?.

Es turno ahora de abordar aquellos asuntos que también se consideran como causa o raíz de los ataques terroristas y que son imputables a la acciones o políticas estadounidenses. Al motivo natural de ser un poder hegemónico que enajena al resto del mundo con su agenda, su cultura mercantilista y su credo liberal, se añaden otros que agravan la situación de los Estados Unidos y que se han maximizado por el contexto actual en el que se desenvuelve el nuevo sistema internacional: el de la globalización. Como bien lo afirma Thomas Friedman en sus dos laureadas obras “The Lexus and the Olive Tree” y “Longitudes & Attitudes”, los cambios que la globalización ha experimentado desde los tiempos de la Guerra Fría, son muy relevantes para entender los eventos del once de septiembre (*Longitudes 3*).

Lo que ya es conocido como la “era de la información”, ha provocado profundos cambios en el sistema internacional alterando no sólo el esquema de como se manejan los capitales y los negocios, sino toda la forma de vida de las sociedades pos-industriales y de las que aún no lo son. El advenimiento del internet y de otros avanzados sistemas de telecomunicación han permitido, en el caso de los Estados Unidos, que todos los bienes, servicios, cultura y estilo de vida que produce, lleguen a lugares que paradójicamente los repudian en la retórica pero que al mismo tiempo los consumen. Huntington ejemplifica muy bien este dilema cuando afirma que, “Somewhere in the Middle East a half dozen young men could be dressed in jeans, drinking Coke, listening rap, and, between their bows to Mecca, putting together a bomb to blow up an American airliner” (*The Clash 58*).

En el contexto anterior, el resentimiento que el poder hegemónico de los Estados Unidos ha generado a lo largo y ancho del mundo islámico, se relaciona no sólo con lo que

produce- moda, música, entretenimiento, multinacionales y tecnología-, entre otros, sino más profundamente “[with] the kind of America the object represents” (Pillar 63).

Al respecto, algunos autores comentan la profunda contradicción que subyace entre los grupos extremistas de izquierda alrededor del mundo, pero especialmente los de la región árabe, con relación al odio y atracción que los productos americanos ejercen sobre estas sociedades (Barber en *Jihad vs McWorld*, Pillar en *Terrorism and U.S. Foreign Policy*, Friedman en *Longitudes* y Lieber en *Globalization, Culture...*). Este odio que manifiestan los países islámicos y que se relaciona con la amenaza terrorista que son capaces de desplegar como respuesta, tiene que ver más con la esencia que con las acciones estadounidenses pues para estos grupos, cada producto americano está cargado de un simbolismo inadmisibles en su contexto religioso y cultural y representa una amenaza y una fuente de contaminación para su rígida estructura social.

Lo que los productos y marcas comerciales estadounidenses representan a los ojos de los islamistas, es mejor explicado en palabras de Benjamín R. Barber. Según este autor:

For America’s largest brand-name consumer goods corporations like Coca-Cola, Marlboro, KFC, Nike, Hershey, Levi’s, Pepsi, Wrigley, or McDonald’s, selling American products means selling America: its popular culture, its putative prosperity, its ubiquitous imagery and software, and thus its very soul. Merchandising is as much about symbols as about goods and sells not life’s necessities but life’s styles. (60)

Es importante resaltar que para estas sociedades la lucha en contra de la oferta comercial y cultural estadounidense toma connotaciones religiosas, ya que desde su perspectiva esto implica una guerra entre los fieles y los infieles, aunque también es una forma de desahogar frustraciones más añejas de naturaleza distinta.

Otra fuente importante de resentimiento que inspira a los grupos islamistas a ejecutar actos terroristas en contra de los Estados Unidos, la constituye la creciente presencia militar estadounidense en la región de Medio Oriente. Intervenciones militares como la de Somalia con la operación “Restore Hope”, fue mencionada por Bin Laden como una de las razones para bombardear las embajadas estadounidenses en Nairobi y Dar es Salaam. Por otro lado, la presencia de tropas estadounidenses en esta región, como las que tenía estacionadas en Arabia Saudita y en las costas de Yemen, provocaron tres atentados terroristas de no poca importancia: El Riad, las Torres de Khobar y el perpetrado contra el destructor naval *U.S.S. Cole*.

Bin Laden y otros grupos identificados con el Islam, argumentaron que la principal razón para estos atentados terroristas fue el estacionamiento de tropas estadounidenses en lo que constituye la ciudad más sagrada para el Islam: Arabia Saudita. Al respecto también, autores como Fouad Ajami (9) y Michael Scott Doran (27-28) argumentan que el estacionamiento de tropas en la península Arábiga constituye, desde la perspectiva musulmana, la mayor afrenta contra su fe.

Por otra parte, las “incomodas” relaciones que los Estados Unidos sostiene con algunos regímenes impopulares en la región del Medio Oriente, son una importante fuente de resentimiento del mundo islámico por lo que comenzaremos analizando la más polémica de ellas, la que sostiene con el estado de Israel y a la que se considera de terribles consecuencias para la seguridad nacional estadounidense.

El conflicto árabe-israelí ha consumido muchos de los esfuerzos internacionales de los Estados Unidos. Como mediador en los procesos de paz, este país se ha dejado arrastrar por la vorágine de este ancestral conflicto que en gran parte es la raíz de todo el problema, pues por cuestiones de carácter doméstico así como otras de carácter internacional, los Estados

Unidos ha respaldado política y militarmente a Israel pagando como precio la animadversión del mundo árabe y varios atentados terroristas. La *Jihad* que incesantemente se inicia en contra de los infieles y que se pelea en términos de una “guerra santa”, coloca a Israel y a los Estados Unidos en una misma categoría, ambos son enemigos de la fe y deben ser castigados.

Todos aquellos que buscan las raíces de los atentados terroristas del once de septiembre o las causas que los animaron, no dejan de considerar al conflicto árabe-israelí y el papel de los Estados Unidos en el mismo como un elemento clave para entenderlos, pues en el contexto del mundo árabe, Israel es visto como una imposición del Oeste que ha venido a establecer “this Zionist beachhead in the Muslim world” (Pillar 61) .

Como lo afirma Friedman, “There is no question [that] America’s support of Israel has produced understandable Muslim anger [despite] America has also taken role in trying to reverse this situation” (*Longitudes* 67). A este respecto, la más reciente Estrategia de Seguridad Nacional de los Estados Unidos es muy reveladora ya que en el apartado que concierne a la política para mitigar conflictos regionales, el gobierno reconoce que el conflicto árabe-israelí es crítico “....because of America’s close relationship with the state of Israel and key Arab states, and because of that region’s importance to other global priorities of the United States” (9 énfasis añadido) y más aún se compromete a apoyar la creación del estado Palestino si se cumplen ciertas condiciones, entre ellas el destierro del terrorismo.

Otras problemáticas relaciones de los Estados Unidos son las que sostiene con Egipto y con el régimen Árabe-Saudita. Estos regímenes son muy impopulares entre sus gobernados y entre el resto de los países que los rodean ya que además de ser corruptos y represores, en la región se tiene la percepción de que se han sostenido en el poder gracias al apoyo

estadounidense. Al respecto, la percepción regional es correcta ya que los Estados Unidos tratando de conservar la lealtad de los pocos aliados que tiene en la región y de mantener la estabilidad de la misma, ayudó a sofocar los movimientos nacionalistas islámicos radicales que enfrentó Mubarak y la familia Real Saudita (Indyk 78-79). Con estas acciones los Estados Unidos también exhibió el doble discurso del que constantemente se le acusa ya que en la historia de estas polémicas relaciones, cuestiones de derechos humanos, de democracia y de libertad religiosa se han pasado por alto y de manera más grave aún, Estados Unidos ha sido tolerante como lo afirman Friedman (68-69) e Indyk (79), a relaciones tan peligrosas como las que sostiene el régimen Saudita con Osama Bin Laden y con el régimen Taliban.

Lo anterior demuestra que el doble discurso que los Estados Unidos maneja en su relación con estos regímenes impopulares, fuente de pobreza y represión, es otra de las causas que alientan al terrorismo. Ante la imposibilidad de derrocar a estos regímenes por el apoyo del que gozan y por la represión que ejercen, se generó entonces una alianza terrorista para eliminar a su mentor. Al respecto Indyk señala que:

The al Qaeda network established by bin Laden (a Saudi) and his associate Ayman al-Zawahiri (an Egyptian) wanted to overthrow the Saudi and Egyptian regimes, but with U.S. support, these governments had become hardened targets. So al Qaeda made a strategic decision to strike at their patron, the more powerful but also more vulnerable United States. (80-81)

Otra de las razones por la que Estados Unidos es un blanco preferido y un poder tan vulnerable ante el terrorismo, es la naturaleza misma del terrorismo como una herramienta del débil frente al fuerte, lo que da origen a los “ataques asimétricos” y por la exposición física de los intereses estadounidenses. Sin embargo, la principal fuente de su debilidad la

debe al resentimiento que ha generado con las acciones arriba mencionadas, aunque también se debe reconocer que existen factores ajenos a la propia actuación estadounidense. Uno de esos factores es la imposibilidad de las sociedades islamistas de superar sus propias limitaciones y de defenderse de la invasión cultural de que la que son objeto día tras día, lo que provoca que esa frustración se desahogue a través del sentimiento anti-estadounidense.

Con el objeto de completar esta perspectiva general acerca de todo aquello que da forma al terrorismo, vale la pena analizar al mismo en el contexto de la globalización. Hoy por hoy no se puede negar que los Estados Unidos experimentó la mañana del once de septiembre, el lado más desagradable de la globalización. Ese mismo día aquello que les ayudó a desarrollar la primacía económica, militar y cultural que detentan y que les permitió desarrollar un ambiente más favorable a sus intereses, estuvo al servicio del terrorismo y obró en su contra.

Actualmente, los terroristas de alcance global hacen uso de todo aquello que les provee la globalización sin preguntarse siquiera si eso que utilizan no es lo mismo que están tratando de deslegitimar. La globalización de la tecnología y en general de los bienes y de los servicios en el contexto de la sociedades Occidentales como de los grupos terroristas, no es patrimonio exclusivo de nadie, sino que es algo que ha crecido con una fuerza propia y que está ahí para ser utilizado por quien este dispuesto. En ese sentido, los terroristas comandados por Mohamed Atta se sirvieron de la globalización.

Después de las consideraciones anteriores, lo que hay que preguntarse es: ¿Está los Estados Unidos dispuestos a pagar el precio de seguir siendo el poder hegemónico del siglo XXI?; ¿Está entonces preparado para enfrentar los peligros que amenazan a su seguridad nacional?. Las respuestas a estas interrogantes las encontramos en la Estrategia de

Seguridad Nacional de los Estados Unidos que la Casa Blanca emitió en septiembre de 2002 y que a su vez genera otros cuestionamientos.

3.2 La redefinición del interés nacional estadounidense y la nueva Estrategia de Seguridad Nacional estadounidense: un instrumento *ad-hoc* para el nuevo contexto internacional.

Si en esta era de la globalización y de la pos-Guerra Fría era ya de por sí complicado redefinir el interés nacional de los Estados Unidos y el papel que esta superpotencia debería desempeñar en el mundo, los ataques terrorista del once de septiembre y el patrón que asentaron, vinieron a complicar aún más el esquema. Al inicio de su mandato el Presidente George W. Bush trataba de visualizar que hacer con el poder sin precedentes que detenta los Estados Unidos y como proceder en consecuencia en el escenario internacional, cuando los ataques terroristas al corazón militar y financiero del país lo pusieron en un callejón sin salida. No hubo a partir de entonces, otra opción más que redefinir al interés nacional estadounidense en términos muchos más duros que durante la Guerra Fría. No hubo pues, otra premisa más válida que proteger al suelo e intereses estadounidenses de futuros ataques; desterrar al terrorismo a nivel global; e implementar una política efectiva de defensa amplia que represente en el exterior una clara línea de cero tolerancia y rápida capacidad de respuesta contra las organizaciones terroristas y los estados “hostiles” que patrocinen estos actos⁹. El objetivo lo impuso entonces la amenaza, pero la pregunta era ¿cómo hacerlo?, ¿con quienes y hasta dónde? y fue entonces que el gran dilema entre el unilateralismo y el multilateralismo se presentó a la administración Bush, así como el reto de diseñar una nueva y peculiar política exterior que se diferenciara de la establecida por William Clinton.

Muchos actos dan prueba de que en esta administración el presidente mismo y una fuerte corriente dentro de su gabinete que incluye al Vice-presidente Dick Cheney, a la

Consejera de Seguridad Nacional Condoleezza Rice y al Secretario de la Defensa Donald Rumsfeld, a pesar de refrendar un compromiso pleno a nivel de la retórica con el multilateralismo, son más proclives a las acciones unilaterales. Este doble lenguaje, uno en el discurso y otro en las acciones, que desde el inicio de su administración maneja el presidente Bush, es exhibido por Nye (*The Paradox* xii) y Hirsh (41) cuando ambos concuerdan en que paradójicamente durante su campaña en el 2000 él mismo dijo “ If we are an arrogant nation, they will view us that way, but if we’re a humble nation, they’ll respect us” y al poco tiempo, realizó actos que demostraron arrogancia y egoísmo a expensas de la comunidad internacional.

El comportamiento unilateral que aquí se menciona, se ejemplifican perfectamente en la actitud negativa y desentendida que los Estados Unidos ha asumido con relación a muchos tratados internacionales de los que el mismo es parte, lo que ha generado gran enojo en la comunidad internacional. Al respecto, algunos de esos asuntos incluyen al debate sobre la Corte Penal Internacional, el Protocolo de Kyoto sobre el calentamiento global, la prohibición de minas terrestres y la escalada en la defensa anti-misiles. El bloque europeo es uno de los que especialmente resiente esta falta de compromiso multilateral de los Estados Unidos y uno de los más fuertes críticos de su actitud arrogante, egoísta y de lo reducido que parece su interés nacional. También podemos afirmar que si bien la administración Bush no se distinguió desde el principio por tener una actitud proclive al multilateralismo, fueron los ataques del once de septiembre los que inflamaron la actitud arrogante del presidente Bush y lo orillaron además a adoptar la variante de los ataques preventivos como la principal arma de su nueva estrategia.

Otra de las posiciones más criticadas dentro de la administración Bush y que en parte refleja la existencia de un consenso hacía el unilateralismo, es la de Condoleezza Rice

quien en crítica abierta a la política exterior adoptada por el presidente Clinton afirmó que “en una democracia tan pluralista como [la estadounidense], la falta de un ‘interés nacional’ definido, o bien constituye un terreno fértil para quienes desean aislarse del mundo o bien crea un vacío que ha de llenarse con presiones de grupos estrechos de miras” (*“La promoción”*).

Adicionalmente en la campaña del 2000 la ahora Consejera de Seguridad Nacional de la administración Bush, definió al interés nacional estadounidense en términos muy reducidos al decir que, “[Americans] should proceed from the firm ground of the national interest and not from the interest of an illusory international community” (cit. en Nye, *The Paradox* 137), afirmación que por supuesto causó mucho revuelo en la comunidad internacional que para entonces percibía una falta de compromiso total por parte de los Estados Unidos para enfrentar los retos y los problemas globales. Las nuevas circunstancias indican que actualmente por razón de su posición hegemónica, los Estados Unidos debe ampliar la perspectiva de aquello que relaciona como de su interés nacional para incorporar no sólo todo lo que le beneficia, sino también aquellos problemas que aquejan a la comunidad internacional y que debido a los efectos de la globalización, invariablemente afectarán sus intereses nacionales. Por razón de lo anterior en la medida en que los Estados Unidos se desentienda de los problemas que aquejan a la comunidad internacional y por ello adopte una posición no sólo aislacionista sino también unilateralista, perderá credibilidad ante la misma y a la larga minará su ya de por sí desgastada reserva de “soft power” y como afirma Nye “[could encourage] others to create coalitions that will eventually limit our hard power” (Ibid.).

Sin embargo, esta tendencia unilateral con la que se aproximaba el equipo Bush vino también a ser sacudida por los ataques terroristas del once de septiembre, de tal forma que

no solamente el interés nacional tuvo que redefinirse por causa de éstos, sino también tuvieron que redefinirse los métodos para hacerles frente. Bajo un esquema de combate y erradicación del terrorismo donde quiera que éste se encuentre y en contra de cualquier Estado que lo patrocine o ejerza, el problema toma no sólo dimensiones globales, sino que requiere de estrategias globales y sobre todo de la cooperación de la comunidad internacional.

Algunos autores (Nye, *Ibid.* 138; Pillar 41; Hirsh 21) e incluso la propia Estrategia de Seguridad Nacional (línea 47 a 49 de su introducción), comienzan por aceptar que el terrorismo es un fenómeno global que amenaza y afecta a todos y que por consiguiente es un reto de la comunidad internacional promover la seguridad global. Sin embargo, los esfuerzos de la administración Bush para combatir al terrorismo, a pesar de construir en principio una coalición internacional para intervenir en Afganistán, continúan siendo unilaterales como lo demuestra lo que se conoce ya como la doctrina Bush, una postura sobre la que se puede diferir en lo general pero de la que no se pueden negar sus peligrosos tintes radicales: “Either you are with us or you are with the terrorist. Choose, and to those nations that choose wrongly, beware” (Presidente Bush cit. en Hirsh 19).

Con base en esta doctrina el presidente Bush ha emprendido las acciones más unilaterales de su administración, como bien lo demuestra su empeñamiento de intervenir en Irak a pesar de no contar con el respaldo de la comunidad internacional y de no haber podido probar aún las razones para hacerlo. El caso de Irak también confirma que la administración Bush sólo busca consensos cuando así le conviene, pero no escucha a la comunidad internacional cuando eso implica que sus intereses sean coartados lo que es además un comportamiento lógico de un poder imperial. Lo que del esquema anterior podemos interpretar, es que George W. Bush se negó a repetir la experiencia de su padre

durante la Guerra del Golfo donde una coalición internacional bastante representativa, limitó sus objetivos y no le permitió finalizar la tarea de remover a Sadam Hussein del poder. Esta vez, el presidente Bush no estuvo dispuesto a atarse las manos antes de tiempo a pesar del alto costo que sus acciones unilaterales han tenido a nivel interno y exterior.

La Estrategia de Seguridad Nacional de septiembre de 2002 como una respuesta integral para combatir el terrorismo, no debe verse sólo como eso ya que la misma persigue además otros fines de los que el más importante es la consolidación del poder hegemónico estadounidense a nivel global. Esta es una estrategia que analizada a partir de los ocho pilares que la constituyen, demuestra que los Estados Unidos busca consolidar su poder a partir de un balance entre sus valores, sus intereses y los intereses de la comunidad internacional. A diferencia de otras estrategias emitidas por ejemplo en tiempos de la Guerra Fría, ésta no es una eminentemente militar o basada en el “poder duro” de los Estados Unidos pues el mundo ha cambiado tan profundamente desde aquellos tiempos, que esta estrategia recoge aquello que tradicionalmente ha sido parte del pensamiento estratégico estadounidense y al mismo tiempo incorpora nuevos aspectos que apuestan más al “poder blando” de los Estados Unidos

Independientemente de las múltiples lecturas que puedan dársele a la estrategia y del balance entre sus bondades y peligros, lo que resulta innegable es que el espíritu de la misma fue diseñado para que los Estados Unidos determine la reconfiguración del orden internacional de la pos-Guerra Fría y con ello logren la consolidación global de sus intereses, el aseguramiento de su posición hegemónica y la proyección de su poder.

Al respecto, la Estrategia reconoce de manera abierta esta intención de influir, o más bien de determinar la reconfiguración del orden mundial que se inauguró al fin de la Guerra Fría, pero que no se tomó con demasiado compromiso sino hasta después del once de

septiembre. Resulta evidente que al término de la Guerra Fría no hubo un evento tan importante o tan trascendente como los ataques terroristas del once de septiembre, que justificara el despliegue del poder estadounidense ya que el enemigo comunista se había eliminado y en diez años no hubo una amenaza que demandara imperiosamente el ejercicio del liderazgo estadounidense. Al respecto, los ataques terroristas resultaron ser ese gran asunto necesario para que los Estados Unidos volviera a escena y la guerra contra el terrorismo, una nueva oportunidad para desatar las amarras de un gigante contenido que ha preparado todos sus frentes para dominar. La Estrategia sostiene respecto de la era inaugurada por los ataques terroristas del once de septiembre que, “This is also a time of opportunity for America. We will work to translate this moment of influence into decades of peace, prosperity, and liberty” (1).

Adicionalmente, este deseo de los Estados Unidos de redefinir su papel en el mundo y de ser el nuevo garante de la seguridad global, se describe oficialmente en la Estrategia al afirmarse que, “The U.S. national security strategy will be based on a distinctly American internationalism that reflects the union of our values and our national interests [to] make the world not just safer but better” (1). Para lograr este cometido que se plantea la Estrategia, los Estados Unidos de acuerdo a lo establecido en la introducción del documento, ha impuesto nuevos estándares que la comunidad internacional debe satisfacer y que con honestidad intelectual no son, como la misma afirma, universalmente ciertos y aplicables a todos los tipos de sociedades.

Cuando el Presidente Bush afirma que la nueva Estrategia de Seguridad Nacional se basa en los tradicionales principios estadounidenses de libertad y justicia “because these principles are right and true for all people everywhere” (NSS 3) y que por lo tanto la libertad política y económica, las relaciones pacíficas con otros y el respeto a las demandas

“no negociables” de la dignidad humana son la condiciones que deben satisfacerse para que este mundo sea mejor, la administración Bush parece olvidar, o al menos intenta hacerlo, que hay lugares donde estos principios no solamente carecen de validez, sino que contravienen también principios fundamentales y religiosos. El tratar de imponer los valores estadounidenses como una medida única para pertenecer al mundo civilizado, sin tomar en cuenta las diferentes circunstancias en que se desarrollan muchas naciones o sin proveer los medios para adoptar dichos valores, constituye no sólo un percepción reducida del mundo, sino una falta de creatividad política.

La Estrategia de Seguridad Nacional estadounidense, la primera emitida por el Presidente George W. Bush, ha causado gran controversia a nivel internacional y doméstico porque aunque de acuerdo con Lieber (*The Bush NSS 1*) la misma es consistente como las anteriores con la tradición estratégica estadounidense, ésta resulta innovadoramente agresiva en algunos aspectos que se justifican por el nuevo escenario al que ahora se enfrenta los Estados Unidos. De los ocho ejes que conforman esta Estrategia, hay algunos muy peculiares entre los que destacan: los ataques preventivos; una nueva apreciación por el multilateralismo; y la expansión de la democracia como un instrumento de largo plazo para asegurar la seguridad nacional estadounidense. La mezcla equilibrada de viejos y nuevos elementos del pensamiento estratégico estadounidense y su incorporación en un documento tan claramente expresado, es lo que hace de esta estrategia un instrumento *ad-hoc* para que los intereses nacionales estadounidenses encuentren un ambiente internacional favorable para su expansión.

Es preciso analizar ahora los principales ejes de esta nueva Estrategia de Seguridad Nacional de los Estados Unidos y ver como va incluyendo varios de los asuntos aquí delineados. Analizaremos como la “Doctrina Bush” ha servido de piso para la formulación

de esta estrategia y como se da una revalorización del multilateralismo, sin dejar de lado ese instinto unilateral que protege el derecho de los Estados Unidos de actuar solo cuando las circunstancias así se lo demanden.

Los ataques preventivos son el elemento más atractivo y controvertido de esta Estrategia y aunque esta no es una herramienta nueva a nivel internacional, lo que resulta polémico es el amplio sentido que le ha dado los Estados Unidos. Según Michael E. O'Hanlon, Susan E. Rice y James B. Steinberg de Brookings Institution, "Preemption, defined as the anticipatory use of force in the face of an imminent attack, has long been accepted as legitimate and appropriate under international law" (1), pero los Estados Unidos ha ampliado este concepto para incorporar la guerra preventiva aún cuando no exista la evidencia de un ataque inminente. De acuerdo a lo expresado en la Estrategia 2002 "we must adapt the concept of imminent threat to the capabilities and objectives of today's adversaries" (NSS 15), lo que significa que con la aparición de armas de destrucción masiva en escena o más bien con la facilidad con la que las mismas pueden ser adquiridas por Estados o por grupos que pueden utilizarlas sin antes ser disuadidos, los Estados Unidos se arroga la posibilidad de atacar anticipadamente sin que antes exista de por medio una amenaza explícita.

Esta herramienta aunque generalmente justificada en el contexto de los ataques terroristas del once de septiembre, presenta, sin embargo, múltiples vicios que pueden hacer de la misma un arma de doble filo para los Estados Unidos. En primer lugar esta herramienta puede reforzar la percepción a nivel internacional de la proclividad de los Estados Unidos a utilizar su fuerza militar para resolver cualquier tipo problema, sin antes explorar la amplia gama de herramientas diplomáticas y otras que proporcionan las instituciones internacionales para resolver conflictos. Ésta fue una acusación que resonó

fuertemente en el Consejo de Seguridad Nacional de la Organización de las Naciones Unidas en la víspera de la intervención en Irak y que provocó fuertes fricciones con algunos aliados democráticos de los Estados Unidos.

En segundo lugar se encuentra el peligroso precedente que a nivel internacional puede asentar los Estados Unidos al hacer uso de esta herramienta y con ello abrir la puerta para que otros países en conflicto, puedan acogerse a la doctrina de los ataques preventivos para atacar a sus contrapartes. O bien, que los Estados Unidos al arrogarse el uso exclusivo de tal herramienta, provoque la frustración y el enojo de otros países y con ello se limite la necesaria cooperación de los mismos en la guerra contra el terrorismo. Finalmente, el uso discrecional de esta herramienta no hace sino confirmar las acusaciones de que Estados Unidos actúa en el contexto de esta guerra en términos esencialmente unilaterales y que sólo recurre a las instituciones y a la comunidad internacional para legitimar decisiones ya tomadas.

Tal vez el aspecto más serio de esta polémica herramienta de ataques preventivos es la percepción de que la misma fue diseñada en los términos actuales con un premeditado objetivo en mente: Irak. La actual guerra que aún se libra en Irak, aunque oficialmente la misma terminó con la caída y posterior captura de Saddam Hussein, puede considerarse como la materialización de esta doctrina de ataques preventivos dadas las circunstancias en que se inició la misma. Y más aún, la falta de claridad en la Estrategia en cuanto a los casos o los criterios que deben cumplirse para que los ataques preventivos procedan, justifican las acusaciones de que los mismos fueron adaptados para el uso exclusivo y discrecional de los Estados Unidos y a menos que sobre éstos se definan criterios, escenarios o circunstancias específicas para su utilización, pueden volverse contra los propios intereses estadounidenses como claramente lo ilustra Kissinger al afirmar que, "It cannot be in either

the American national interest or the world's interest to develop principles that grant every nation an unfettered right of preemption against its own definition of threats to its security” (cit. en Daalder et al. 6-7).

Respecto de la estrategia de disuasión o “*deterrence*” como es ampliamente conocida, podemos afirmar que aunque la Estrategia de Seguridad Nacional 2002 menciona que los conceptos tradicionales de la misma no se utilizarán en la lucha contra los grupos terroristas como lo fue durante la Guerra Fría (15), esta herramienta no ha sido declarada obsoleta. Por el contrario, la estrategia de disuasión todavía desempeña un papel muy importante en este nuevo contexto ya que la misma aún puede utilizarse con algunos Estados considerados como hostiles por los Estados Unidos como Siria, Corea del Norte y Libia, entre otros, así como con aquellos que quieran competir con el poderío estadounidense. Lo anterior se debe a que para todos estos países, la proyección del poderío militar estadounidense y la certeza de que este país contestará de manera contundente cualquier agresión que provenga a nivel de Estados, es suficiente para disuadirlos de cometer actos hostiles.

Más aún, podríamos afirmar que una consecuencia de que la estrategia de disuasión haya sido tan eficaz desde hace tiempo, es precisamente el surgimiento de la vía terrorista ya que ante la imposibilidad de declararle la guerra abiertamente a los Estados Unidos, algunos grupos desahogan sus inconformidades a través de este medio. Como señala Daalder, “If anything the Strategy actually broadens the role of deterrence in U.S. national security policy” (5), por lo tanto los ataques preventivos deben considerarse como un complemento o un elemento que refuerza a la disuasión y que deben utilizarse siempre que se haya agotado ésta con los Estados hostiles y de manera directa contra los grupos terroristas que no pueden ser disuadidos.

Otro aspecto importante de la Estrategia es que la misma demuestra una repentina apreciación por el multilateralismo al aceptar que se requiere de fortalecer alianzas para derrotar al terrorismo global y para prevenir ataques en contra de los Estados Unidos o de sus aliados; trabajar con otros para aminorar conflictos regionales; y desarrollar todo tipo de agendas para expandir el círculo del desarrollo y de la democracia. Es decir que a lo largo de toda la Estrategia, en sus ocho ejes, los Estados Unidos pone el acento en la indispensable cooperación del resto de los países aliados y regiones en conflicto, para lograr poner en marcha su nueva estrategia internacional.

La importancia que la cooperación multilateral tiene para el funcionamiento de este ambicioso documento y más aún para su éxito o fracaso, se refleja claramente cuando el mismo establece que, “[The United States are guided by the conviction that no nation can build a safer, better world alone. Alliances and multilateral institutions can multiply the strength of freedom-loving nations” (NSS introducción). Este planteamiento ha sido objeto de múltiples y contradictorias interpretaciones ya que mientras algunos autores como Lieber (“*The Bush NSS*”) y Richar L. Kugler (“*Un Internacionalismo*”) consideran al multilateralismo planteado en la Estrategia como genuino, otros como Nye (*Poder y Estrategia* 3-4) afirman que la misma esta dominada por un nuevo sentimiento unilateralista que puede poner en riesgo su exitosa implementación.

Al respecto, hay dos poderosas corrientes que tratan de aterrizar la estrategia a su modo y que no pueden resolver como poner en marcha el nuevo enfoque de la administración Bush. De acuerdo con Nye:

“El gobierno está profundamente dividido entre quienes quieren eludir las restricciones del marco institucional posterior a 1945, que Estados Unidos contribuyó a construir, y quienes creen que los objetivos estadounidenses se

alcanzarán mejor en ese mismo marco. Los “wilsonianos de derecha” neoconservadores y los “unilateralistas jacksonianos” se enfrentan a los realistas tradicionales más cautos y multilateralistas”. (Ibid. 3)

La férrea lucha entre los nuevos unilateralistas que sólo pretenden formar coaliciones de acuerdo a las situaciones que se presenten, lo que Nye denomina como “*alianzas à la carte*”, (Ibid. 5) y los realistas que están convencidos de que la consulta y la cooperación deben ser permanentes y no sólo instrumentos *ad hoc* que pongan en riesgo la voluntad de otros países, es escenificada por los miembros más prominentes de la administración Bush quienes constantemente libran batallas para poner en práctica sus concepciones. De acuerdo con el columnista Krauthammer, la visión de estos nuevos unilateralistas sostiene que los peligros que enfrenta los Estados Unidos hoy son de tal magnitud, “que debe liberarse de las ataduras de las estructuras multilaterales que ayudó a construir tras la Segunda Guerra Mundial. Según su perspectiva, la puesta en marcha de esta nueva estrategia exige cambios más radicales” (cit. en Nye, *Poder y estrategia*, 3). De triunfar esta nueva corriente unilateralista sobre la posición más moderada, esto significaría echar por la borda todo aquello que se construyó después de la Segunda Guerra Mundial con la intención de preservar el equilibrio de poder y de brindar espacios para la solución de conflictos. Lo que vale la pena preguntarse al respecto, es si los nuevos peligros que visualizan estos unilateralistas, realmente exceden en importancia a estos logros.

Por otra parte, la polémica intervención en Irak es hasta el momento el punto cumbre de esta batalla entre unilateralistas y multilateralistas la cual dividió no sólo a los propios miembros del equipo Bush, sino a una parte importante de la comunidad internacional y aunque algunos pueden considerar a esta intervención como el triunfo definitivo de la corriente unilateral, la última palabra aún no se ha dicho. El mundo actual es tan complejo

y los asuntos pendientes de resolver son de tan diversa naturaleza, que hoy por hoy no se puede afirmar que será una corriente estrictamente unilateral la que va a guiar el comportamiento de los Estados Unidos. Lo que sí resulta seguro es que en cuestiones exclusivamente relacionadas con la seguridad nacional o con la defensa de lo que se denomina intereses nacionales primarios, Estados Unidos actuará unilateralmente cuando las circunstancias así se lo demanden, lo cual es además un derecho incuestionable ya que el objetivo principal de todo país es preservarse como Estado. La aproximación a otros asuntos como la propia guerra contra el terrorismo, el desarrollo económico de ciertos países, la solución de conflictos regionales y la preservación de la estabilidad global, entre otros, deberá continuar siendo con un enfoque multilateral ya que los Estados Unidos entiende bien que no puede hacer todo por sí sólo; que hacerlo sería demasiado costoso; y que la mejor forma de prevenir el crecimiento de rivales potenciales como Rusia y China, es precisamente teniéndolos cerca y hasta cierto punto administrando su desarrollo.

Otro de los puntos más llamativos de esta Estrategia es uno que ha sido constante a lo largo de toda la historia estadounidense: el desarrollo y expansión de la democracia. Como ya lo hemos afirmado en capítulos anteriores, esta meta de la política exterior estadounidense es perfectamente consistente con sus valores y principios y además de constituir uno de los pilares más fuertes de su credo liberal, es una de las medidas más eficaces para avanzar su seguridad nacional. Desde los Padres Fundadores hasta la actualidad, la mayoría de los presidentes estadounidenses han adoptado esta meta como una fundamental sin importar la corriente a la que pertenezcan, por lo que la expansión de la democracia es el principio más ampliamente aceptado dentro de la política exterior estadounidense y por ello forma parte de esta nueva Estrategia.

A través de su eje número VII que llama a expandir el círculo del desarrollo para abrir sociedades y construir la infraestructura de la democracia (21), esta Estrategia se plantea como un punto fundamental el proveer de mejores oportunidades a los países menos desarrollados, para evitar que los mismos sean campo fértil para las redes terroristas. Bajo la perspectiva estadounidense, en la medida en que más sociedades, especialmente en el mundo islámico, compartan los valores democráticos Occidentales y con ello se vuelvan más moderadas, recibirán mayor asistencia por parte de este país el cual a su vez podrá ir cerrando el círculo que necesita en torno a su seguridad.

Sin embargo, no debemos olvidar que esta meta peculiar de la política exterior estadounidense y de la nueva estrategia, es la que más roces provoca con las sociedades islámicas ya que los métodos que se utilizan para promoverla además de requerir profundas reformas económicas, políticas y sociales, lleva consigo ese “shock” cultural que tanto enajena a las sociedades más radicales y que irónicamente les provee de argumentos para continuar con la ola terrorista.

Por otra parte, el punto más complejo de esta Estrategia es cómo ponerla en marcha de manera efectiva para lograr los resultados planeados, sin que ello implique el triunfo definitivo del unilateralismo y militarismo excesivo o de un multilateralismo ilimitado que comprometa los intereses estadounidenses. Al respecto, sólo un balance entre los términos acuñados por Nye y que ahora son frecuentemente utilizados, el “soft” y el “hard power” estadounidenses, es lo que permitirá que esta Estrategia se implemente con éxito, que sea ampliamente aceptada y que permanezca por largo tiempo como parte del pensamiento estratégico estadounidense.

La Estrategia de Seguridad Nacional ha sido objeto de tantas críticas desde su lanzamiento en 2002 -para unos como Lieber y Kugler¹⁰ es un documento brillante que

concentra lo mejor de viejas y nuevas herramientas de política exterior y para otros como Nye y Daalder¹¹ es un documento limitado y que solamente maquilla un unilateralismo agresivo- que recientemente el Secretario de Estado Colin L. Powell salió en defensa de la misma y del espíritu que animó al presidente Bush afirmando que, “Above all, [the president] has committed the United States to a strategy of partnerships, which affirms the vital role of international alliances while advancing American interests and principles” (I). Tal defensa se hace imperativa ante la continua arremetida de actores domésticos e internacionales en contra de este documento, lo que ha provocado que al extrapolar sus aspectos más peculiares -los ataques preventivos, la supremacía militar y el multilateralismo- la misma se haya distorsionado hasta un punto que puede por si mismo poner en riesgo la gran estrategia estadounidense y que por lo tanto de acuerdo a Powell, “requires repair” (24).

El análisis realizado a esta Estrategia, arroja que la misma es sin duda un documento muy ambicioso; que refleja mucho de la personalidad de su creador por lo que se debe tener cuidado cuando se le acusa de cierta hipocresía; y que la misma está bien equilibrada en su contenido ya que otorga su debida importancia al mantenimiento de la supremacía militar estadounidense, “poder duro”, pero también concede mucha importancia a elementos del “soft power”. Lo anterior nos permite afirmar que ante todo esta es una estrategia madura, bien pensada y no sólo un producto diseñado como una respuesta automática a los ataques terroristas del once de septiembre; por el contrario, esta estrategia constituye la oportunidad para que Estados Unidos articule la forma bajo la cual va a liderar la reconstrucción del nuevo orden internacional, al cual aquejan problemas de los que el terrorismo es sólo uno de ellos.

Esta es por lo tanto una estrategia de amplio espectro y aunque con cierta razón se le acusa de ser limitada en cuanto al establecimiento de la forma en que se alcanzaran muchas de las metas planteadas o acerca de las condiciones necesarias para utilizar ciertas herramientas, la misma, como coincide Powell (23), al ser un documento público no puede ser completamente franco y abierto en cuanto a todos los elementos de los que disponen los líderes estadounidenses. Cometer tal error, equivaldría a informar a los grupos terroristas de los planes que se tienen para desarticularlos y con ello se estaría actuando en contra de los intereses estadounidenses. Adicionalmente cabe señalar, que existen otros documentos que complementan a esta Estrategia y que indican como se alcanzarán algunos de objetivos planteados en los ocho ejes que la componen. Algunos de estos documentos son: las Estrategias Nacionales para Combatir Armas de Destrucción Masiva; para Combatir el Terrorismo; para la Seguridad Territorial; para Asegurar el Ciberespacio; para la Protección Física de la Infraestructura Crítica y Propiedades Claves; y la de Control de Drogas.

La Estrategia Nacional para Combatir Armas de Destrucción Masiva fue emitida en diciembre de 2002, inmediatamente después de la de Seguridad Nacional, con la intención de complementar a ésta ya que después de los ataques terroristas del once de septiembre, el temor más latente de la administración Bush era que grupos terroristas o Estados hostiles pudieran utilizar estas armas en contra de los Estados Unidos. De acuerdo a lo que sostiene la Estrategia, “We will not permit the world’s most dangerous regimes and terrorists to threaten us with the world’s most destructive weapons” (NSCWMD 1) y para ello la misma se basa en tres pilares principales: promover la anti-proliferación para combatir el uso de armas de destrucción masiva; fortalecer la no proliferación; y manejar las consecuencias para responder al uso de armas de destrucción masiva.

La otra Estrategia, la Nacional para Combatir al Terrorismo, fue emitida en Febrero de 2003 y profundiza la sección III de la de Seguridad Nacional concentrándose en identificar y desactivar las amenazas antes de que lleguen a las fronteras estadounidenses. La finalidad de esta Estrategia apuntala a la de Seguridad Nacional ya que ambas se concentran en promover un ambiente internacional favorable a los intereses estadounidenses, que no son otra cosa más que la expresión de sus valores y cuya defensa es la mismísima razón de ser de la Seguridad Nacional. Para lograr este cometido, la Estrategia Nacional para Combatir el Terrorismo incluye un análisis de todo aquello que rodea al terrorismo y que abarca desde la naturaleza de la amenaza terrorista hoy, hasta la interconexión de las organizaciones terroristas y la disponibilidad de las armas de destrucción masiva.

Como lo establece Jervis líneas atrás, uno de los efectos de la guerra contra el terrorismo es el agradamiento del poder del Estado y es precisamente esta Estrategia Nacional para Combatir el Terrorismo, la que demuestra la disposición de Estados Unidos a utilizar todo el poder del que dispone para contrarrestar los efectos de la acción terrorista. De acuerdo a lo que la misma establece “...[the] success will only come through the sustained, steadfast, and systematic application of all the elements of national power—diplomatic, economic, information, financial, law enforcement, intelligence, and military—simultaneously across four fronts” (“*NSCT*”). Adicionalmente cabe señalar que esta Estrategia trabaja con base en un esquema cuádruple al que denomina como “4D” “defeat, deny, diminish [and] defend” (Ibid.) y que tiene como objetivos: derrotar a las organizaciones terroristas de alcance global; negar a los terroristas el patrocinio, soporte y santuario que necesitan para sobrevivir; disminuir las condiciones imperantes que promueven la desesperación, la visión destructiva y que llevan a la gente a adoptar el

terrorismo; y defender a los Estados Unidos, a sus ciudadanos e intereses alrededor del mundo de ataques terroristas.

Todas estas estrategias, desde la Nacional de Seguridad hasta la Nacional para Combatir el Terrorismo, no están diseñadas en términos abrumadoramente militarizados como si lo estuvieron otras estrategias durante la Guerra Fría. Estas nuevas estrategias están bien balanceadas en su contenido ya que además de incorporar por supuesto, todo el poder militar, estratégico y de inteligencia que ha desarrollado los Estados Unidos para enfrentar la lucha terrorista, también consideran aspectos de lo que se conoce ya como “poder blando”.

3.3 La importancia del balance entre el “soft” y el “hard power” en la privatización de la guerra.

Para precisar lo que constituye al “poder blando” y lo que constituye al “poder duro”, recurrimos a la definición del creador de estos cada vez más utilizados términos en el argot de la política exterior, Joseph S. Nye, y que bajo esos nombres se dieron a conocer en los 90’s. Lo anterior debido a que es necesario aclarar que el “poder duro” el cual implica la fuerza y el “poder blando” el cual implica la persuasión, no son términos nuevos, sino que los mismos existen desde que la política como tal existe y fueron evidentes tanto para Maquiavelo, como para Weber y Gramsci (Zabludovsky 130-135). Para Nye, “El ‘poder duro’, la capacidad coercitiva, proviene del poderío militar y económico de un país. El ‘poder blando’ surge de lo atractivos que resulten los ideales políticos, la cultura y las políticas de un país” (*Poder y Estrategia* 4). Adicionalmente, Nye distingue a estos dos elementos con base en dos variables ya que mientras el “hard power” supone el uso de la fuerza, el “soft power” radica en la capacidad de atraer y puede provenir, además de las

fuentes mencionadas líneas atrás, de “...one’s ability to manipulate other countries’ political agendas” (*The Velvet*, 74).

Por otra parte, Nye advierte sobre una confusión que se está volviendo constante y que aclara a partir de la definición que el historiador Niall Ferguson hace del “soft power”, ya que constantemente se confunden a las fuentes que generan el “soft power” con el “soft power” mismo. De acuerdo a lo que estos dos autores concluyen, lo que verdaderamente constituye al “soft power” es la credibilidad y la legitimidad, ““Credibility and legitimacy’ are what soft power is all about” (Ibid.) y especialmente después de la intervención en Irak, los Estados Unidos adolece de manera preocupante de estos elementos

Resulta evidente que en el contexto del mundo actual el “soft” y el “hard power” son categorías complementarias que no pueden ejercerse de manera absoluta, si es que por un lado los Estados Unidos aspira a mantener su estatus como hegemonía con la mayor legitimidad posible y aminorar los ataques en su contra y por el otro, el resto de los países aspiran a mantener su membresía en el mundo “civilizado”, gobernando su vida interna con la mayor soberanía posible.

Particularmente para ganar la guerra contra el terrorismo se debe apostar por igual al poder duro y al blando de los Estados Unidos, ya que la agenda de la política mundial es, como lo afirma Nye, un juego tridimensional de ajedrez en el que:

En el tablero superior, el de los temas militares...Estados Unidos seguirá siendo la única superpotencia en los próximos años...pero en el tablero intermedio, [el de]los asuntos económicos entre estados, [así como en el tablero inferior], el de los asuntos transnacionales, el poder es multipolar y se encuentra ampliamente repartido y organizado de manera caótica entre actores estatales y no estatales. (*Poder y estrategia* 4)

Debido pues a esta situación que impera en la política mundial, es necesario no solamente que los Estados Unidos se mantenga como una superpotencia en términos militares para garantizar la estabilidad global y prevenir el surgimiento de posibles rivales con ideologías radicales, sino que también es necesario a efecto de ganar la guerra contra el terrorismo y preservar la paz, el que este país fortalezca todos los elementos de su “poder blando” para ganar el otro frente de batalla: el de las ideas.

En este contexto no debemos olvidar que la guerra contra el terrorismo es una guerra integral peleada en términos asimétricos, ya que todo el poder militar que concentra los Estados Unidos no es capaz de prevenir y muchas veces ni siquiera de responder abiertamente a los sorpresivos atentados de los grupos terroristas. Por esta razón, conjuntamente con la decidida aplicación del poder militar, se deben desarrollar los frentes diplomáticos, de cooperación, las labores de inteligencia con otros países y una fuerte campaña de diplomacia pública para equilibrar esta guerra asimétrica con los grupos terroristas y tener la oportunidad de ganarles la batalla en sus propios terrenos.

Lo que Huntington en su artículo “The Erosion of American National Interests” denomina como “The Push and Pull of American Power” (*The Erosion* 42), puso el dedo en la llaga de una realidad sin duda preocupante para los Estados Unidos y que por si misma constituye una paradoja: la gran brecha que existe entre todo el poder estadounidense -económico, político, tecnológico, militar y cultural- y su cada vez más decadente capacidad de influir.

De acuerdo con Huntington esta brecha se explica por dos razones, de la cual la segunda es sin duda la más interesante y que se relaciona con la clase de poder que es los Estados Unidos: un poder hegemónico. Para este autor los poderes hegemónicos pasan por dos fases durante su existencia, “In the first phase, the influence of hegemony stems from their

power to expend resources [the push]....In the second phase of hegemony, the power to expend is replaced by the power to attract [the pull]” (Ibid.44). Al respecto, Estados Unidos evidentemente ha gastado recursos considerables para consolidarse como un poder hegemónico en la primera fase, especialmente después de la Primera y Segunda Guerra Mundial.

Esta tendencia estadounidense a reafirmarse en la primera fase de los poderes hegemónicos, se mantuvo con mucha fuerza hasta mediados de los ochentas cuando estaba ya cerca el final de la Guerra Fría y no fue sino hasta los atentados terroristas del once de septiembre, cuando este país se dió cuenta de golpe que era necesario invertir con más decisión en la segunda fase de su hegemonía. Después de todo, la gran diferencia entre un poder tiránico y un hegemón moderno como pretende ser los Estados Unidos, radica en que este país debe convencer, persuadir a los otros de hacer lo que desea y no utilizar la fuerza, o utilizarla al mínimo para lograr los resultados deseados.

Para consolidar la segunda fase de esta hegemonía y con ello también combatir al terrorismo, los Estados Unidos cuenta con un arma muy poderosa que a pesar de actuar por si sola con una influencia arrolladora, necesita reforzarse con otros elementos de “poder blando”. Como afirma Josef Joffe, “American popular culture,‘is unique; its power comes from pull, not push’” (cit. en Huntington Ibid.) y como también afirma Huntington, “American power, in short, has become in Joseph S. Nye’s term, the ‘soft power’ to attract rather than the hard power to compel”(Ibid.). Y en efecto, la cultura popular estadounidense es el elemento del “soft power” que traspasa las fronteras con mayor facilidad y que ejerce ese efecto de atracción que ningún otro elemento del poder duro o blando de los Estados Unidos puede igualar. Muestra de ello es el contraste y la paradoja que Benjamín R. Barber señala en su libro “Jihad VS McWorld: Terrorism Challenge to

Democracy”¹². Sin embargo, la cultura estadounidense como ya mencionamos anteriormente es una herramienta controvertida ya que el efecto de atracción que ejerce muchas veces es directamente proporcional a la enajenación que produce, por lo que si algo caracteriza a la cultura popular estadounidense es esta paradoja en su esencia misma.

Si bien es cierto que las estrategias militares y de inteligencia son cruciales para librar la guerra contra el terrorismo y que el fortalecimiento de lo que se le denomina como “Hard Power” es un pilar fundamental para la defensa, también se debe considerar lo importante que se ha vuelto el “soft power” ya que el mismo persuade; previene de forma más sutil el surgimiento de conflictos; da mayor margen de maniobra al agotar primero medios no relacionados con la fuerza o con la disuasión; y resulta un poco menos costoso. La Estrategia de Seguridad Nacional 2002, parece haber tomado ya conciencia de lo que éste significa para una hegemonía que busca dominar por el convencimiento y no por la fuerza y al respecto reconoce que la guerra contra el terrorismo es también una guerra de ideas (6).

Como se ha mencionado, la cultura popular estadounidense la cual ha sido ampliamente considerada como el principal elemento del “soft power” estadounidense, a pesar de su gran penetración en regiones con una ideología incluso radicalmente opuesta a la Occidental, no constituye por si misma todo el poder blando. La misma debe reforzarse con una actitud genuinamente multilateral de los Estados Unidos que convenza a sus aliados que la promoción de sus intereses nacionales no significa el desentendimiento o incluso el conflicto con los intereses globales, ya que la única forma de ganar no sólo esta guerra al terrorismo sino a muchos otros males que aquejan al mundo moderno, es encontrando intereses comunes entre la moderna hegemonía y el resto de la comunidad internacional. En la medida en que la hegemonía estadounidense amplíe el espectro de su interés nacional e incluya aquellos asuntos que aquejan a otras regiones, en esa medida legitimará su

estatus, facilitará la cooperación y avanzará con más facilidad sus parroquialísimos intereses nacionales.

Por otra parte, aquellos que conozcan los alcances de los grupos terroristas saben que no hay forma de disuadir a quien está dispuesto a morir por sus ideales. En este frente, los Estados Unidos tiene perdida la batalla si es que alternativamente no desarrolla una importante ideología Occidental que pueda nivelar el campo de juego con la influyente ideología islámica, ya que como argumenta Marianela Santoveña al traducir el estudio que Paul Berman hace del ideólogo más destacado del fundamentalismo islámico, Sayyid Qutb, “La base teórica del fundamentalismo islámico-una combinación de teología y filosofía-, de la que se nutre su vertiente terrorista, es de una articulación sorprendente para quien se toma el tiempo de analizarla” (28)¹³. Por lo tanto, cuando Nye afirma que, “[American] values are significant sources of soft power” (*The Paradox* 140), está dando la receta para que los Estados Unidos construya un nuevo orden internacional que con un amplio respaldo ideológico, pueda dar la batalla a la letal mezcla de etnicidad, política y religión.

Desafortunadamente, la receta de Nye está siendo mal interpretada por los nuevos unilateralistas partidarios de la línea neoconservadora, que buscan promover a toda costa su propia visión del mundo sin incorporar la percepción de otros países aliados. Con esta actitud, los nuevos unilateralistas están dando otra receta para que la credibilidad, la legitimidad y sobre todo la influencia de los Estados Unidos, cada vez disminuyan más y con ello se limite el alcance de sus nuevos objetivos. Por lo que toca al mundo islámico, la evidente realidad por la que atraviesa desde hace ya un buen tiempo- luchas tribales, pobreza, corrupción, fanatismo y desesperanza- ha provocado que una corriente tan respetable como la del Islam, se desvirtúe y se convierta en una tendencia facciosa bajo la que se cobijan los propósitos más ilegítimos de los grupos terroristas.

Por las razones anteriores, la actual guerra contra el terrorismo es frecuentemente interpretada como la materialización del mencionado “choque de civilizaciones”, cuando en realidad esta guerra se parece más a lo que Nye llama “... a civil war between moderates and extremists within Islamic civilization” (*The Velvet*, 75).

Es así como el reto para los Estados Unidos es ayudar a que la corriente progresista, moderada y más afín a sus intereses, sea la que triunfe en esta guerra civil para tener entonces una posibilidad verdadera de ganarle más batallas a la guerra contra el terrorismo porque ésta es, para infortunio de muchos, la clase de guerra que no se puede ganar de forma definitiva. Esta no es una guerra convencional.

NOTAS AL CAPÍTULO TRES

¹ Muchos de los Estados a los que ahora se les considera hostiles, no eran tampoco amigables durante la Guerra Fría sin embargo, durante ese periodo se encontraban bajo el área de influencia del conflicto bipolar y sus antipatías o rivalidades se desahogaba a nivel de conflictos regionales que no se salían del control de las dos potencias. La implosión de la Unión Soviética y el fin de la Guerra Fría tuvo como consecuencia, entre muchas otras, que algunos de estos Estados manifestarán abierta y descontroladamente su hostilidad hacia los Estados Unidos y que sus actuaciones tomarán una dimensión global.

² Entre los problemas globales más importantes se encuentran: el calentamiento global, la amenaza a la biodiversidad, la expansión del SIDA, el crimen transnacional, el narcotráfico y el propio terrorismo, entre otros.

³ Al respecto ver, Chance, James. "Imperial America and the Common Interest". *World Policy Journal*, No.19, Primavera 2002: 1-9 y Brooks, G. Stephen y William C. Wohlforth. "American Primacy in Perspective." *Foreign Affairs*, July-August 2002.

⁴ Robert Jervis es Profesor Adlai E. Stevenson de Ciencia Política en la Universidad de Columbia en N.Y.

⁵ Esto es un reto que considero particularmente difícil y que ninguno de los estudiosos y analistas de la política internacional ha podido descifrar en su totalidad.

⁶ Sobre el síndrome de Vietnam, ver Pillar, Paul R. *Terrorism and U.S. Foreign Policy*. Washington, D.C.: The Brookings Institution, 2001. pp. 20-21.

⁷ Ver, Huntington, Samuel P. *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order* New York, N.Y.: Simon & Schuster, 1996.

⁸ Al respecto ver, Rushdie, Salman. *The Satanic Verses*. New York, N.Y.: Viking, 1989.

⁹ Al respecto ver, Rice, Susan E. *The New National Security Strategy: Focus on Failed States*. Policy Brief # 116. Washington D.C.: The Brookings Institution, February 2003.

¹⁰ Sobre opiniones a favor de la Estrategia de Seguridad Nacional 2002 ver, Lieber, Robert J. "The Bush National Security Strategy". *Periódico Electrónico del Departamento de Estado de los Estados Unidos: Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos: Una Nueva Era*. Vol 7, número 4, diciembre 2002. < <http://usinfo.state.gov/journals/itps/1202/ijps/pj7-4li1.htm>>. y Kugler, Richard L. "Un Internacionalismo Norteamericano Distinto en un Mundo Globalizado". *Periódico Electrónico del Departamento de Estado de los Estados Unidos: Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos: Una Nueva Era*. Vol 7, número 4, diciembre 2002. < <http://usinfo.state.gov/journals/itps/1202/ijps/pj7-4ku1.htm>>.

¹¹ Sobre críticas a la Estrategia de Seguridad Nacional 2002 ver, Daalder, Ivo H., James M. Lindsay y James B. Steinberg. *The National Security Strategy: An Evaluation*. Policy Brief # 109. Washington D.C.: The Brookings Institution, October 2002. y Nye, Joseph S. Jr. “Poder y estrategia de Estados Unidos después de Irak”. *Foreign Affairs en Español*. Julio-Septiembre 2003. < <http://www.foreignaffairs-esp.org/20030701faenessay12000/joseph-s-nye-jr/poder-y-estrategia-de-estados-unidos-despues-de-irak.html>>.

¹² Ver, Barber, Benjamín R. *Jihad VS McWorld: Terrorism Challenge to Democracy*. New York: Ballantine Books, 2001.

¹³ Para mayor información sobre el fundamentalismo islámico y su relación con la vertiente terrorista, ver Berman, Paul. “El filósofo del Terror Islámico”. *Letras Libres*, número 55, año V, julio 2003: 28-36.